

*“La sombra nos dio pieles con que abrigar el miedo,
y es una piel de sustos, saber nuestro color.”*

WHRIGHT-MOTLEY



LA PIEL NEGRA

Por FELIX FERRER GIMENO

A lo lejos, las grúas del muelle parecían tentáculos que salían del mar. El sol quemaba el asfalto del puerto. Había temperatura de trópico y el sonido de las sirenas penetraba ensordecedor. Gentes de mirada fámélica merodeaban como ratas junto a los cargueros.

—¡A ti te digo, negro...!

—¿A mí?

—Sí. ¿Qué otro hay con piel sucia...?

Joe miró al blanco. Estaba apoyado sobre unos maderos en la bocana. Torcía la boca negra y sonreía. Joe pensó: “Sí, es de esos que pegan a las mujeres; que les gusta vivir de ellas.”

—¿No me oyes?

Joe no contestó. Dejó el saco en el suelo y se limpió el sudor.

—¡Venga, que la carga es para hoy!—gritó Gerry.

Gerry, el encargado, era un tipo rubio, de abultada tripa. Sus movimientos torpes, hacían todavía más grotesca su figura rechoncha. Cuando Gerry se encolerizaba su rostro se congestionaba, se ponía al rojo.

—Tienes suerte, muchacho—volvió a gritar—. Hoy es mi día bueno. El patrón ha pedido que la carga se haga rápida. ¡Venga, el barco espera...!

A Joe le dolía la espalda. Llevaba diez horas trabajando duro. Miró otra vez al blanco. Sonreía...

—¿Pero qué esperas? ¡Aquí el que manda soy yo, Gerry! ¿Entendido? A moverse...

—Me ha llamado piel sucia... y a Joe no hay hijo de madre que le insulte.

—¡Y qué culpa tengo yo de que seas negro!

—Ni yo...

—Lo que quiero es que trabajes. Para eso te pagan...

—¡Está bien, está bien!

Joe cogió el saco y lo dejó caer con desgana en el cargadero del muelle. Ahora el blanco estaba frente a Joe. Cara a cara. Seguía sonriendo.

—Antes te he llamado.

En los ojos de Joe había asco y rabia. Notaba que el corazón se agigantaba, que la sangre fluía a sus arterias como torrente. Le dio miedo esta sensación extraña. Hay esperanzas que no pueden matarse, pero hay también una angustia, la terrible angustia que en aquel momento sacudía a Joe.

—Veo que no te acuerdas de mí. ¡Mala memoria, negro! Conviene no olvidar algunas cosas...

El cuerpo de Joe se estremeció. Conocía aquella cara, aquel tipo achulado. Acaso le recordaba a alguien. No lo sabía, no podía recordar nada... Las palabras del blanco eran como latigazos.

La humanidad a veces se reseca, parece un cuervo que se sacia en la carroña. "Qué difícil es amar el sufrimiento"—pensó Joe, pero no sabía que el amor no conoce infinitos.

—¡Te estoy hablando, estúpido!—gritó el blanco.

—¡Déjeme en paz!

—¿Sabes que me ha costado encontrarte?

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

El blanco hizo una señal y se acercaron dos sujetos. Llevaban el sombrero ladeado. Iban despacio. Joe empezaba a sentir el odio que se desataba en lo más íntimo.

—¿Qué, no quiere venir?—preguntó uno de ellos.

—Así parece. Peor para él. ¡Andando, perro!



Joe quiso revolverse. No pudo. Sobre sus espaldas tenía una navaja abierta. Creían que iba a suplicar, pero no. Había orgullo; orgullo de raza y altivez.

—¿Qué pasa?—dijo Gerry interponiéndose.

—Nada, que éste viene con nosotros. No le gusta trabajar. ¿Verdad, muchacho?

Joe bajó la cabeza. El instinto animal se encabritaba, mordía en su interior como tormento, pero tenía fe en sí mismo. Se refugió en el silencio.

—Allá él—exclamó Gerry—. ¿No vuelvas, eh? Aquí no queremos vagos...

Sacó un block del bolsillo, escribió unas notas y se las entregó a Joe.

—Toma. Con esto te pagarán en la oficina lo que se te debe. Ya pueden llevárselo.

Se limpió la frente con un pañuelo mugriento. Durante unos instantes contempló a Joe. Volviéndose gritó: “¡Vosotros, ocupar el puesto de éste, que se va...!” Luego exclamó: “¡Malditos negros!”

—Quiero mi guitarra—dijo Joe recuperando su sangre fría.

Gerry entró en un cobertizo. Examinó la guitarra irónicamente.

Había embriaguez y excitación en la cara de Joe. El encargado le tiró la vieja guitarra.

—¡Ahí la tienes, y lárgate lejos...!

Sintió que había sido profanada. Joe apretó fuerte la guitarra a su cuerpo, aquella guitarra que vino con los suyos de Lousiana y con la que Joe siguió cantando en su Harlem. Eran canciones de dolor y esperanza. Sabía que su negrura no era de alma, sino de piel..., esa piel que ahora ensuciaban los blancos... Escupió en el suelo. ¡El vómito de la náusea de sentirse negro! Volvió a temblar, y su cuerpo se puso rígido, como las cuerdas de la guitarra.

—Anda, canta, ¿para qué quieres la guitarra?

El blanco jugaba con el filo de la navaja.

—¿Por qué no?—dijo Joe.

Sabía que iba hacia un abismo, que le arrojaba a pedazos.

—Te he dicho que cantes.

—Sí...

La tarde caía, y a Joe le pareció espectro y muerte.

—¡Canta!

Unas notas tristes salieron de la guitarra.

“Los negros lloran cantando,
suenan el tambor de sus almas...”

—Sigue...

—¿Para qué, no veis que lloro, que no encuentro las estrellas?

—¡Si tenemos un poeta!

—¿Y eso qué es?—preguntó uno de los tipos.

—Locura...—aclaró el sádico.

Joe en aquel momento sentía la sublimación. Eran sueños y añoranza. No demencia. “¿Dónde está el amor, aquello de «amaros los unos a los otros»? ¿Cómo Dios permite esta maldad? Si el hombre es libre, ¿por qué no permitirle este bien? El mundo se descristianiza, se hace solidario de su propio mal.” Por la mente de Joe cruzaron multitud de pensamientos que él mismo no comprendía ni sabía expresar.

—La llaga del hombre...—murmuró.

—¿Qué dices?

—Hablabas...

¡Muévete, cerdo...!

Permanecía inmóvil. Ahora miraba hacia arriba, como si buscara algo. El precio del color podía ser la vida.

La punta de la navaja la sentía ya en la carne. Volvió al sueño, a sus estrellas, a la otra vida. Puso la mejilla.

—Pegar; ya no me duele...

Un hilo de sangre manchó su cuerpo. Levantó los ojos y los puso sobre los tres sujetos que reían...

—¡El héroe! ¿Qué os parece, muchachos?

—Seguid, seguid, no me duele...; no me venceréis...

—Pega, anda, pega. ¿De qué ralea eres? ¿Es que no tienes sangre?

—Tocar, palpad. Es más roja que la vuestra.

—¡Es sangre negra!

—No, ya no tiene color...; no puede tenerlo... ¡Qué sabéis vosotros!

—¿Oye, no serás un cura obrero?

—No..., no temáis. Soy sólo eso, negro...

—Tom, yo me voy—dijo uno de los blancos—. No quiero líos.

—¿Este cura? ¡Ja, ja, ja! ¿Cura decís? ¡No le veis la cara de burro que tiene! Si no sabe dónde está su derecha. Anda, díles a éstos dónde tienes la derecha.

Sus ojos se nublaban. Joe pensó en su pequeñez. Pero Joe tal vez había leído; había oído a San Juan de la Cruz. Ahora recordaba: “Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa.”

Y también aquello que decía:

“Tú lo sabes, mi martirio
Es tu amor; si ya mi vuelo
Quiero remontar al cielo
Es por verte más y más.”

Una paloma se posó en su hombro, y un chiquillo, al verla, la espantó.

—Andando. La gente ya nos mira.

Lo metieron en un coche.

—¿Dónde me lleváis?—preguntó.

—Calla, ya lo sabrás.

El muelle pronto se perdió. Las calles ya no eran calles. Le parecían masas uniformes. De repente empezó a recordar todo. Sí, los conocía. ¡Había pasado tanto tiempo! Fue una noche. Voceaba el “Sthar”, un periódico negro, para negros. Estaban en el bar de Ryck y bebían. En la puerta había un cartel grande. “No negros”, decía. Ryck era un tipo. Joe entró. Ryck tenía una botella en la mano. Sí, se la había tirado. “Fuera, cerdo”—gritó al verlo—. No, no se inmutó. Sobre el mostrador dejó el “Sthart”. Fue su venganza. Odio por odio.

El coche se paró. Era una callejuela.

—Baja—le ordenaron.

Joe los miró otra vez. Los mismos ojos penetrantes que se le metieron dentro como fuego. Rió.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes, piel sucia?

—Cobardes.

—¿Cobardes?

—¡Ja, ja, ja!

Sintió una patada en el vientre. Luego otra, otra, otra... Su voz enmudeció, pero ya no había ligaduras ni rejas. Le dolía el llanto. Volvió a reír. Parecía el vientre de una preñada.

—¡Ja, ja, ja!

Risa triste, la mueca de saberse morir poco a poco. Cuando despertó, de su boca salía sangre. Intentó levantarse. Las piernas estaban agarrota-

das, entumecidas por los golpes. Tenía deseos de llorar otra vez. Hizo un esfuerzo y consiguió llegar hasta su guitarra, rota como él. Todavía pudo abrazarla. De repente, la callejuela quedó iluminada por los faros de un coche.

—¡Fíjate en ése—oyó que decían—, se pega a la guitarra como si fuera una mujer... ¡Lo que hace el alcohol...! Acércate más, quiero verlo.

—Déjalo... ¡Es un negro...!

Joe no habló ni pensó más. La propia sangre le ahogaba. Salía a borbotones.

La callejuela volvió a quedarse en el silencio de la noche.

A Martin Luther King, que luchó por la paz, la no violencia y la igualdad entre las razas humanas.